

Yanko González Cangas. LOS MÁS ORDENADITOS: FASCISMO Y JUVENTUD EN LA DICTADURA DE PINOCHET. Santiago: Editorial Hueders, 2020: 357 pp.

Luego de treinta años de la recuperación de la democracia en Chile, desde cierto punto de vista, es posible pensar que ya mucho se ha escrito, estudiado y publicado acerca de los oscuros años de la dictadura cívico militar que Chile vivió entre septiembre de 1973 y marzo de 1990. No obstante, la aparición de nuevos estudios pareciera demostrar que aún existen aspectos que precisan la atención de la investigación académica. Es en este espacio donde es posible ubicar el libro del antropólogo, profesor de la Universidad Austral de Chile, Yanko González Cangas, titulado *Los más ordenaditos: fascismo y juventud en la dictadura de Pinochet*, publicado en agosto de 2020. Un volumen cardinal para comprender una parte de la historia de las casi dos décadas de un gobierno de facto, personalizado en la figura de Augusto Pinochet, entre 1973 y 1990.

El libro de Yanko González se centra en el proceso que la juventud de la época vive. No desde la perspectiva de un recorrido orgánico y multifactorial de la sociedad chilena, sino a partir de la senda diseñada, proyectada y aplicada a partir de la colaboración del joven político de la época, Jaime Guzmán Errázuriz (1946-1991), quien a los pocos meses del golpe de estado le entrega a la Junta Militar un memorándum titulado: “Para conquistar el apoyo juvenil”. Un documento imprescindible, que el libro de Yanko González divulga, en parte, como anexo, y que sirve de prueba de lo que se implementó en Chile como programa político a través de la Secretaría Nacional de la Juventud (1973-1991) y su presencia a nivel nacional y regional, urbano, pero también rural, desde el nivel central. Mientras, a nivel cívico y social, se impulsaba su expansión por medio del Frente Juvenil de Unidad Nacional (1973-1983), el que luego, con la vuelta a la democracia, se fusionaría con los segmentos jóvenes del partido Unión Demócrata Independiente en 1989.

Los más ordenaditos resulta un recorrido épico por la experiencia de la juventud de Chile y es un complemento necesario a la hora de buscar comprender, no solo el proceso vivido en dictadura por los sectores juveniles de la sociedad chilena, sino también los giros y reveses que vivirá la democracia en estos treinta años recientes. La fuerza de un proceso que pareciera estrictamente social, pero que tiene una estructura ideológica ligada a modelos tomados del fascismo histórico europeo (Italia, Alemania, España), y que tenía como objetivo conducir a un grupo importante del país hacia los objetivos centrales del proyecto político que Jaime Guzmán Errázuriz había imaginado

para un Chile, bajo los lineamientos de lo que se conoce como movimiento gremialista. Estos principios políticos tienen un antecedente principal en la investigación de Yanko González, especialmente en la admiración que profesaba Jaime Guzmán Errázuriz por el régimen de Francisco Franco en España y que perduró entre los años 1936 y 1975. Régimen que había desarrollado una amplia política pública respecto de la juventud como eje de penetración de la ideología conservadora, fundada en un catolicismo ultraconservador ampliado a esferas políticas más allá de la fe, y con rasgos nacionalistas radicales, que tenían entre otros fundamentos el corporativismo y la subsidiariedad, en un modelo de estado nacional con especial énfasis anticomunista. En el caso de Chile, estos parámetros son transferidos a jóvenes como Jaime Guzmán Errázuriz y otros, por influencia del pensamiento del sacerdote Osvaldo Lira SS. CC. (1904-1996), líder chileno de ideología declaradamente conservadora, corporativista, hispanófila, carlista y opositora del Concilio Vaticano II.

El encabalgamiento de los capítulos del libro *Los más ordenaditos* avanza siguiendo las vivencias de un programa político específico, apoyado además por variados y valiosos testimonios de quienes fueron los líderes juveniles de aquellos años, junto a las voces que los documentos y entrevistas de la época van aportando. Hoy la mayoría de quienes acompañaron esas manifestaciones de activismo juvenil, centrado en aspectos culturales, folklóricos, deportivos y artísticos, ya son personas sobre los sesenta años. Los jóvenes de antes, que asistieron a actos como Chacarillas y su homilía de antorchas en la noche invernal que celebraba la valentía de los mártires del Batalla de la Concepción (1882), vivenciaron los rasgos estéticos propios de ritos y performances del fascismo de Benito Mussolini y Adolf Hitler, que lindan con los de una religiosidad laica. La figura del héroe anónimo que entrega la vida por la patria, buscaba cambiar la lógica del jipismo, asociado a la izquierda de los pelos largos y la vestimenta sugerente de los cuerpos, por una formalidad e higiene virtuosa de imaginarios responsables, alejados de las drogas y la libertad sexual, que había marcado el paso de los sesenta a los setenta del siglo XX.

Las voces que son convocadas en estas páginas, el testimonio, insisto, es elocuente. Hace justicia a la inteligencia de Jaime Guzmán Errázuriz y la fuerza de su pensamiento político, pero además reconoce la potencia de un modelo de juventud que no puede ser reducido a una suerte de efecto colateral de la dictadura militar. Sino que, como este estudio antropológico lo demuestra, obedece a lo que se implementó, con mayor o menor éxito en todos los años en que dicho modelo se aplicó a través de la política pública para la juventud. Hoy esos mismos sesgos podemos verlos emerger en algunos diseños que suponemos reescritos en tiempos de democracia, pero si leemos atentamente el libro de Yanko González los reconoceremos en el diseño que hoy puede identificarse en aspectos propios de la política de sectores medios, como por ejemplo en las leyes que crean los ministerios de Cultura, de Ciencia, de Educación y del Deporte, por cierto. Obviamente hay una distancia y un cambio de perspectiva,

pero la división gremial de intereses, de grupos y de colectivos, está ahí. La forma en que gran parte de la política se basa en el principio de competir para acceder a los beneficios sigue moldeando la forma de aplicar la subsidiariedad bajo principios cercanos a los de ese memorándum de 1973. El hecho de que grupos de jóvenes se hayan alzado en 2011 y más recientemente en 2019, en octubre, con demandas específicas, nos recuerdan que la discusión no está resuelta. El libro hace pensar a los lectores sobre las propias posiciones, sobre la profundidad con que las bases políticas del diseño proyectado por Jaime Guzmán Errázuriz caló en los jóvenes de ese tiempo y que hoy aun vemos en las principales testeras institucionales del Estado chileno. Los nombres se pueden seguir en la trama del libro y no deja de sorprender cómo se repiten. Aunque, por cierto, también faltan otros que en ese momento fueron actores secundarios, pero que hoy son parte de los grupos de poder de un país en que se sabe que la meritocracia tiene sus propias leyes.

La lectura del estudio del profesor Yanko González es elocuente en toda la dimensión del adjetivo, porque muestra, al mismo tiempo, la capacidad transformadora de la política pública, en este caso para la juventud, así como la instalación de una ideología concreta. Al mismo tiempo que muestra la radicalidad de unos años que son más que solo la aplicación de un programa para los jóvenes de Chile. Aspectos como la palingenesia de las formas, la estética de una efebofilia con rasgos nazi-fascista son impresionantes a lo largo del libro. Los testimonios de figuras centrales en la concepción de los actos, las reuniones y las celebraciones que la Secretaría de la Juventud impulsó en esos años recuerdan—en la voz de Vittorio de Girolamo (Roma, 1928)— las bases de un programa ceremonial que buscaba apoyar un proceso, no solo políticamente, sino además estética y performativamente. El libro retrata el transcurso frustrado desde un autoritarismo castrense a un totalitarismo con partido único y más allá, como sí se dio en otros países de Europa que ya nombramos. La escritura de González Cangas acierta en la agudeza y foco que Jaime Guzmán Errázuriz imaginaba, sin permitirse ninguna caricatura ni reduccionismo fútil en que algunas críticas del régimen de Pinochet lo asimilan a la brutalidad y a la lógica de los dictadores “gorilas”. El autor reconoce el proceso de herencia que las cúpulas de poder estaban imaginando para el futuro de Chile y que los hechos luego truncarán: primero con la muerte de Francisco Franco y luego, a nivel local, con la recesión económica (1982) y las protestas y manifestaciones contra el régimen a partir del año 1983.

Hay en la voz de Yanko González—reconocido poeta, además de académico— el vaticinio que precisa ser atendido en esta historia que nos relata, porque no se trata solo del pasado, sino, precisamente, de esa política juvenil que hoy es parte de los fundamentos del presente de Chile. Recordemos el dicho popular: lo heredado no se hurta.

Pablo Chiuminatto
Pontificia Universidad Católica de Chile